Luis Benito García Álvarez

La taberna y el lagar. Dos espacios de sociabilidad en la Restauración asturiana a través de Palacio Valdés

La literatura como fuente para la historia social[1].

Dentro del enfoque interdisciplinar que se ha hecho indispensable en el trabajo del historiador, la literatura se ha convertido en una herramienta de suma utilidad; un testimonio irremplazable en ocasiones y una fuente de conocimiento para el estudio de la vida cotidiana y las mentalidades[2]. Se ha constatado la dependencia inmediata que de las obras literarias tienen algunos sectores de la historiografía actual ante la carencia de información que sobre estos aspectos nos ofrece la documentación tradicional, pudiendo dotar de una nueva dimensión el conocimiento de una sociedad en un periodo concreto.[3]

---

1 Este trabajo se engloba dentro del proyecto «Vida cotidiana y sociabilidad en Palacio Valdés», investigación que estoy realizando para el Centro de Interpretación Armando Palacio Valdés con el apoyo económico de Cajastur.

2 M. TUÑÓN DE LARA, *Metodología de la historia social de España,* Madrid, Siglo XXI, 1973.

3 J. Mª. JOVER ZAMORA, «De la literatura como fuente histórica», en *Historiadores españoles de nuestro siglo*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1999; A. LANGA LAORGA, «La literatura como fuente histórica», en VVAA, *Métodos y tendencias actuales en la investigación geográfica e histórica,* Madrid, Universidad Complutense, 1988.

En todo caso, la lectura histórica de un texto literario no implica la constatación de la veracidad de los hechos en él narrados, como si se tratase de una exposición histórica, el texto en si mismo es una fuente de investigación que hay que manejar con precaución para captar determinados ambientes de los momentos históricos analizados y el tratamiento que de los distintos personajes hace el autor[4], ya que éste transparenta el escenario histórico-social tangencialmente, mediante el registro artístico en el que opera que responde a una codificación específica.[5]

El historiador que se acerca a la creación literaria lo hace buscando el testimonio vivo de una sociedad: creencias, ideologías y mentalidades, ante las cuales el escritor no es un agente neutro, ya que intenta influir en el ambiente intelectual y moral en el que la obra es difundida[6]. Por otra parte, el uso de la literatura como fuente histórica va más allá de la representación de la realidad, ya que la obra literaria está inmersa en una problemática social fuertemente sujeta a condicionamientos ideológicos que deforman el testimonio literario en busca de un efecto sobre el receptor, por lo que tal testimonio debe ser minuciosamente analizado e interpretado[7]. En este sentido, el conocimiento del autor y las influencias que recibe —procedencia social, formación, trayectoria ideológica- y del ambiente cultural de su época no debe ser, para nada, echado en saco roto, así como la recepción y difusión de la obra en el momento de su publicación.

Hay que señalar que el acercamiento a las obras literarias es especialmente provechoso cuando se realiza a través de la novela, siendo éste el género por excelencia de los tiempos modernos y el que más información nos aporta como testimonio vivo de la realidad social y transposición al plano literario de la vida cotidiana. Dentro de esta aproximación cobra especial relevancia la novela realista y naturalista, sobre todo la variante específi-

---

4 J. Mª. JOVER ZAMORA, «Introducción» en R. J. SÉNDER, *Mr. Witt en el Cantón*, Madrid, Castalia, 1987, pág 47; A. LANGA LAORGA, *La sociedad europea del siglo XIX. A través de los textos literarios*, Madrid, Istmo, 1990.

5 F. ABAD NEBOT, *Teoría de la novela y novela española,* Madrid, UNED, 2001; J. LÓPEZ MORILLAS, *Hacia el 98: literatura, sociedad, ideología,* Barcelona, Ariel, 1972.

6 J. Mª. JOVER ZAMORA, «De la literatura...», *op cit,* pág 344.

7 G. GÓMEZ FERRER, *Palacio Valdés y el mundo social de la Restauración*, Oviedo, IDEA-CSIC, 1983; Mª. A. LANGA LAORGA, *La obra de Eça de Queiroz como fuente histórica para el conocimiento de la sociedad portuguesa del último tercio del siglo XIX*, Tesis doctoral 79/87, Madrid, Universidad Complutense, 1987; J. A. MARAVALL, *La literatura picaresca desde la historia social*, Madrid, Taurus, 1986.

ca del costumbrismo, omnipresente en la mayoría de las novelas realistas y, en ocasiones, clave de la codificación. Su testimonio de lo mínimo alude a las grandes mutaciones de las cosas.[8]

Ya se ha señalado el papel nuclear que la literatura puede jugar en el estudio de la historia de la vida cotidiana y en el de las mentalidades —más raramente se buscará información sobre hechos políticos o económicos—, no obstante también es una fuente histórica de primer orden en el estudio de nuevas orientaciones de la historia social. Así, el texto literario constituye una fuente excepcional en el estudio de la sociabilidad, la historia del ocio o de la cultura popular[9]. En este sentido, la visión de las clases populares, que presenta numerosas carencias a causa de la insuficiencia de las fuentes tradicionales, puede ser en buena parte construida a través de la visión que las demás clases sociales nos aportan a través de la literatura[10]. Por otra parte, para la historia del consumo, el estudio de sus patrones, la elasticidad o no respecto a un producto, puede ser rastreado en la narrativa.[11]

---

8 A. LANGA, *La sociedad europea..., op cit*, pág 33; L. GOLDMAN, *Para una sociología de la novela,* Madrid, Ayuso, 1975 (2ª), pág. 24; R. GULLÓN, «Renovación de la novela española», en VVAA, *Congreso de la literatura (Hacia la literatura vasca)*, Madrid, Castalia, 1989, pág. 316; J. C. MAINER, «Costumbrismo, regionalismo, provincialismo en las letras europeas y españolas del siglo XIX», en VVAA, *Congreso de literatura..., op cit*, pág. 197. La novela adquirió una importancia central cuando se convirtió en historia contemporánea: historia de la sustancia, del proceso, de la interacción entre la vida pública y la vida privada, R. WILLIAMS, *Solos en la ciudad. La novela inglesa de Dickens a D. H. Lawrewnce*, Madrid, Debate, 1997, pág 14.

9 Sobre el concepto de sociabilidad puede consultarse M. AGULHON, *Penitens et francsmaçons de l´anncienne Provence,* Paris, Fayard, 1984; J. CANAL, «La sociabilidad en los estudios sobre la España contemporánea», en *Estudios de Historia Social*, nº 50-51 de 1989; J. URÍA, *Una historia social del ocio. Asturias 1898-1914*, Madrid, Publicaciones Unión, 1996. Sobre el concepto de ocio véase, por ejemplo, J. DUMAZEDIER, «Ocio», en D. L. SILLS, (dir.), *Enciclopediainternacional de las ciencias sociales*, Madrid, Aguilar, 1975, vol. 7; J. URÍA, *Una historia..., op cit*; «La mercantilización del ocio y la emergencia de las industrias culturales. El paradigma británico hasta 1914», en *Revista de Ciencias de la Informació*, nº 6 de 1996; «El nacimiento del ocio contemporáneo», en *Historia Social,* nº 41 de 2001; «El nacimiento del ocio contemporáneo. Algunas reflexiones sobre el caso español», en VVAA, *Fiesta, juego y ocio en la historia*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2003; sobre el ocio popular J. RULE, *Clase obrera e industrialización. Historia social de la revolución industrial británica, 1750-1850*, Barcelona, Crítica, 1990

10 R. FERNÁNDEZ y J. SOUBEYROUX (eds.), *Historia social y literatura. Familia y clases populares en España (siglos XVIII-XX)*, Lérida, Milenio, 2001.

11 Sobre la historia del consumo L. E. ALONSO y F. CONDE, *Historia del consumo en España: una aproximación a sus orígenes y desarrollo*, Madrid, Debate, 1994.

De otro lado, tampoco se pueden obviar las aportaciones que se pueden realizar a la historia de la alimentación, de la ciudad y sus espacios, sin soslayar los imprescindibles testimonios que nos puede ofrecer para el estudio de la cultura material, o la vida privada.[12]

No se pude dejar de señalar que la literatura representa la problemática social de su tiempo, que está influenciada por ésta y que, a su vez, intenta modificarla. Sin embargo, en la utilización de las fuentes literarias como representación de realidades debe tenerse en cuenta, como se ha señalado anteriormente, la distancia que media entre ambas. La realidad social aparece fragmentada y filtrada por una serie de mediaciones en la creación artística, ya que es un testimonio que obedece a sus propias leyes y que, frecuentemente, es contradictorio.[13]

El análisis de la sociedad a través de la literatura.

No cabe duda de que existe un profundo vínculo entre la estructura literaria y el momento histórico de su producción. Cada obra está determinada por su coyuntura social y es portadora de una particular visión de un mundo que, a su vez, intenta transformar[14]. Y para operarse este cambio se necesita de un proceso comunicativo en el que estén presentes un emi-

---

12 Una aproximación a los problemas historiográficos de la alimentación en M. MONTANARI, *El hambre y la abundancia: Historia y cultura de la alimentación en Europa*, Barcelona, Crítica, 1993: «Historia, alimentación. Historia de la alimentación», en VVAA, *Problemas actuales de la historia*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 1993. Sobre la ciudad véase, por ejemplo, J. URÍA, «Los lugares de sociabilidad. Espacios, costumbre y conflicto social», en S. CASTILLO y R. FERNÁNDEZ (coords.), *Historia social y ciencias sociales*, Lérida, Milenio, 2001; «Lugares para el ocio. Espacio público y espacios recreativos en la Restauración española», en *Historia social*, nº 41 de 2001. Para el estudio de la vida privada el ya clásico de P. ARIÉS y G. DUBY (dirs.), *Historia de la vida privada*, Madrid, Taurus, 2001, 5 vols. Sobre la cultura material aún sigue siendo una referencia indispensable la obra de F. BRAUDEL, *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII*, Madrid, Alianza, 1984, 3 vols; R. SARTI, *Vida en familia. Casa, comida y vestido en la Europa moderna*, Barcelona, Crítica, 2003; N. J. G. POUNDS, *La vida cotidiana. Historia de la cultura material*, Barcelona, Crítica, 1992.

13 R. FERNÁNDEZ y J. SOBEYROUX, *Historia social y literatura..., op cit.,* pág. 10; J. C. MAINER*, Historia, literatura, sociedad*, Madrid, Instituto de España, Espasa-Calpe, 1988, pág 38.

14 I. M. ZAVALA, *El texto en la historia*, Madrid, Nuestra Cultura, 1981; C. BLANCO AGUINAGA, J. RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, e I. M. ZAVALA, *Historia social de la literatura española. En lengua castellana,* Madrid, Akal, 2000, 2 vols. (3ª).

sor, un receptor, un código y un mensaje; sólo así tendrá éxito la operación cocreadora que es la lectura.[15]

Por otra parte, no se puede negar que el autor es hijo de su tiempo y está sometido a una serie de condicionantes sociales que refleja en sus estrategias narrativas, así como puede estar involucrado en la defensa de unos intereses, ya sean estos reaccionarios o progresistas, e intenta transmitirlos por medio del establecimiento de un «pacto narrativo» con su público, aunque los transmita de forma oblicua al tratarse de un discurso literario. La obra literaria debe ser, por consiguiente, analizada en una doble relación con la historia y con la ideología de la historia.[16]

Desentrañar esta oblicuidad literaria supone desmenuzar lo que la obra connota sobre su realidad presente. Para ello, el recurso a la semiótica puede servirnos de ayuda, ya que ésta estudia todos los procesos culturales como procesos de comunicación, siendo, obviamente, la literatura uno de estos procesos.[17]

En esta labor tiene una significada importancia análisis de la retórica, entendida ésta como un mecanismo de control social que se intenta imponer desde el poder económico y político. La retórica sanciona la propiedad de la palabra y constituye un instrumento apto para controlar los resortes del discurso.[18]

La taberna y el lagar.

El término taberna puede presentar diversos significados. En los países románicos se aplica a las tiendas o casas abiertas al público en las que

---

15 D. VILLANUEVA, *El comentario de textos narrativos: la novela*, Gijón-Valladolid, Júcar-Aceña, 1989, pág. 36.

16 C. REIS y A. C. LOPES, *Diccionario de narratología*, Salamanca, Colegio de España, 1996, pág. 26. F ABAD NEBOT, *Teoría de la novella…, op cit.* Sobre el concepto de «pacto narrativo» véase D. VILLANUEVA, *El comentario de textos..., op cit.* J. SINNIGEN, *Narrativa e ideología*, Madrid, Nuestra Cultura, 1982, pág. 11.

17 U. ECO, *La estructura ausente*, Barcelona, Lumen, 1999 (1968).

18 Sobre la función de la retórica sigue siendo imprescindible la obra de R. BARTHES, *Investigaciones retóricas I. La antigua retórica*, Barcelona, Ediciones Buenos Aires, 1982. Un acercamiento más reciente, pero abundando en las mismas premisas nos lo ofrece A. CATAN, *Los usos de la retórica*, Madrid, Alianza Editorial, 2003. Una buena síntesis sobre la evolución del concepto de retórica y sus usos lo se encuentra en F. CASETTI, *Introducción a la semiótica*, Barcelona, Fontanella, 1980, págs. 162-176.

se vendía vino al por menor; en Norteamérica, en la época colonial, era la casa que servía de hospedaje, siendo en ocasiones más corriente el término inglés *inn* (posada o fonda). En Francia, desde la época romana hasta el siglo XVIII, se prohibió a los taberneros dar de beber a los clientes que entrasen a sentarse y sólo podían comprar vino para llevar, siendo los posaderos, primero, y luego los propietarios de un cabaret (donde se proporcionaba comida, bebida y alojamiento) los únicos que podían tener mesas. Ya en la Baja Edad Media la taberna se convierte en un lugar habitual de encuentro masculino; allí se reúnen los obreros, descansa la ronda y se refugian algunos famosos criminales sin que les moleste la policía.[19]

Poco más que unas sillas, unas mesas y una barra, la taberna contemporánea pasó a ocupar varias funciones cruciales en la sociabilidad popular urbana, allí se vendían diferentes clases de alcohol y era, fundamentalmente, un espacio de libertad no interferido, pese a los intentos de coacción por parte de las clases dirigentes. Eran lugares que suplían la miseria del hogar obrero, que empujaban al proletario a la vida pública, así la sociabilidad se vuelca en el escenario de la calle y hacia los espacios y locales públicos. Como espacio esencialmente masculino, la taberna ofrecía a los varones diferentes placeres y recreos más allá de sus esposas y trabajos; era un punto de encuentro, de diversión y relajación y de intensa relación social, donde se alentaba a los hombres a consumir, preferiblemente en grupos, lo que reforzaba sus solidaridades. Las tabernas, como espacio público, actuaban como un foro de la política local, y el acto del consumo social de las bebidas había adoptado muchos de los aspectos de la cultura popular.[20]

---

19 Sobre la taberna medieval véase R. FOSSIER, *La sociedad medieval*, Barcelona, Crítica, 1996, pág. 359.

20 Sobre la taberna véase, por ejemplo, B. HARRISON, *Drink and the Victorians. The Temperance Question in England, 1815-1872*, Londres, Faber and Faber, 1971; M GIROUARD, *Victorian pubs*, Londres, Yale University Press, 1990; R. W. MALCOLMSON, *Popular recreations in English society, 1700-1850*, Cambridge, Cambridge University Press, 1973; J. URÍA, *Una historia social del ocio. Asturias, 1898-1914*, Madrid, Publicaciones Unión, 1996; «Ocio, espacios de sociabilidad y estrategias de control social: la taberna en Asturias en el primer tercio del siglo XX», en M. REDERO (coord.), *Sindicalismo y movimientos sociales. Siglos XIX y XX,* Madrid, UGT-Centro de Estudios Históricos, 1994; «La taberna. Un espacio multifuncional de sociabilidad popular en la Restauración española», en *Hispania*, LXIII/2, nº 214 de 2003; GARCÍA ÁLVAREZ, L. B., *Beber y saber. Una historia cultural de las bebidas*, Madrid, Alianza Editorial, 2005; «La taberna como

Las clases populares utilizaron esta dimensión pública de la bebida para expresar sus valores y creencias y para estructurar sus relaciones. Particularmente, el comportamiento en la taberna se codificaba a partir de una genérica y penetrante necesidad de sociabilidad, tanto como desde una forma de solidaridad que conformaba grupos y lealtades, como un imperativo ético que inspiraba ciertas formas de conducta. Así la taberna se convierte en un lugar exclusivo de reunión donde se perpetúan las normas culturales y donde se asegura la transmisión oral de información sobre los problemas cotidianos.[21]

Las tabernas decimonónicas han sido identificadas en numerosas investigaciones como núcleos de actividad protopolítica, como escuelas para el autoconocimiento político y para la cooperación; pero también eran espacios aptos para conformar una solidaridad más general, una identidad comunitaria o de clase. Así pues, la sociabilidad tabernaria no debe ser tenida en cuenta sólo para referirse a la amistad, debe también reseñarse la importancia del conflicto en las relaciones sociales; y una de las razones para que la taberna ocupase un lugar central en la cultura popular era su conveniencia como lugar para la contestación pública. Sumergidos en las transformaciones que estaba sufriendo la sociedad de la época, estos locales serán, pues, la imagen fuerte del tiempo libre popular, cumpliendo dentro de este marco importantes y variadas funciones. No es de extrañar, por tanto, el miedo de la burguesía ante su existencia, que se ocultaba tras condenas altruistas, pero que significaba una honda preocupación por la racionalidad y la productividad en el trabajo[22]. Así, la lucha contra la taberna puede ser puesta en relación con los intentos de control social y de destrucción de la cultura popular tradicional y sus formas de recreo.[23]

Por su parte, en el medio rural, la progresión de la taberna significó el retroceso de la velada vecinal. En el campo solía haber dos tipos de es-

---

espacio de sociabilidad popular en la época contemporánea», en *Ábaco*, nº 37-38 de 2003.

21 T. BRENNAN, *Public Drinking and Popular Control in Eighteenth-Century Paris*, Princeton, Princeton University Press, 1988. D. ROURNIER, «Del mosto al cuba-libre, la evolución de la «cultura de bar» en la Baja Andalucía», en *El folklore andaluz. Revista de cultura tradicional*, nº 9 de 1992.

22 M. RALLE, «La sociabilidad obrera en la sociedad de la Restauración», en *Estudios de Historia Social*, nº 50-51 de 1989. J-L. GUEREÑA y A. TIANA (eds.), *Clases populares, cultura y educación. Siglos XIX-XX*, Madrid, Coloquio Hispano-Francés, 1989.

23 Sobre el concepto de *control social* G. S. JONES, *Lenguajes de clase. Estudios sobre la clase obrera inglesa*, Madrid, Siglo XXI, 1989.

tablecimientos de bebidas, uno situado en el camino y otro en la población. En España, por ejemplo, la existencia de arrieros y carreteros nos hace suponer la presencia de un considerable volumen de mesones rurales.[24]

La taberna, el lagar y la espicha en la obra de Palacio Valdés.

En líneas generales, la taberna asturiana presenta las características expuestas hasta el momento, pero con algunas particularidades. El *chigre* —nombre tomado de una grúa de carga y descarga de barcos por su similitud con un artefacto para el descorche de botellas y que se extendió al local—, el *llagar* abierto al público, y las sidrerías, son lugares indispensables de sociabilidad en la sociedad asturiana y están intensamente vinculados al ocio popular. En particular, la sociabilidad asociada al consumo de sidra se caracteriza por su mayor intensidad respecto a la generada en torno a otras bebidas debido en parte a la particular forma de servicio, el escanciado, y más aún a la forma de degustar la bebida compartiendo el vaso, lo que supone un alto grado de interconexión entre el grupo de bebedores.[25]

Por su parte la *espicha*, que en su sentido originario no era más que la apertura de un tonel de sidra con ocasión de una celebración o el pago de una ayuda comunitaria, es un espacio y una ocasión de consumo típicamente regionales. Desde mediados del siglo XIX, con la paulatina mercantilización de las costumbres agrarias, se convirtió en un negocio de creciente éxito, extendiéndose su práctica a los ámbitos urbanos.

---

24 J. MAURICE, «Propuestas para una historia de la sociabilidad en la España contemporánea», en *Estudios de Historia Social*, nº 50-51 de 1989.

25 J. A. FIDALGO (dir.), *Sidra y manzana en Asturias*, Oviedo, Presa Asturiana, 1994; J. URÍA, «La taberna en Asturias a principios del siglo XX. Notas para su estudio», en *Historia Contemporánea*, nº 5 de 1991; GARCÍA ÁLVAREZ, L. B., *Beber y saber..., op cit;* «La sociabilidad de la sidra», en VVAA, *Una mirada sobre la sidra*, Oviedo Ayuntamiento de Oviedo, 2005; «La sidra en la Asturias contemporánea: bebidas alimentación y significados», en *El Correo*, nº 291 de 2003; «Sidra y prácticas culturales en la Asturias contemporánea», en *XXVI Festival de la sidra de Nava*, Nava (Asturias), Ayto de Nava-Gobierno del Principado de Asturias-Cajastur, 2003; «Un exponente de Patrimonio Etnográfico e Inmaterial. Fuentes literarias para la recuperación del espacio y fiesta tradicional del consumo de sidra en Asturias», Ponencia al 10 Congreso Mundial Forum UNESCO *Cultural Landscapes in 21st Century*, Newcatle, Internacional Centre for Cultural and Heritages Studies University of Newcastle, 2005.

Cuantiosos y muy variados son los testimonios literarios que nos presentan el *chigre* y el *llagar* como espacios de libertad, discusión y solidaridad —eminentemente masculinos— en los que el consumo de alcohol juega un papel fundamental. También es el lugar más idóneo para la transmisión de información, jugando un papel destacado en el funcionamiento de la comunidad. Así es representado en la obra de Palacio Valdés:

> El jueves, en la Pola, tropecé en la taberna del Colorado con Toribión de Lorío y Firmo de Rivota, y después de ofrecerme un vaso de sidra [...][26]
>
> Por la noche supo Andrés en la taberna lo acaecido en el molino. Celesto le refirió la escena con pelos y señales.[27]

La consumación de algunos negocios puede llevarse a cabo en un establecimiento de bebidas, espacialmente en los días de mercado. Los mercados campesinos eran una institución multifuncional y polifacética. Eran centros de sociabilidad y de información imprescindibles para las comunidades rurales y no sólo constituían una ocasión para comprar o vender lo necesario para la explotación campesina, sino que también era una oportunidad para acudir a las atracciones de pago y a los festejos de la feria, para «hacer papeleo» o para acudir al burdel. Los mercados, además, serían importantes puntos de contacto y fuente de rumores como materialización de una sociabilidad de género muy específica. Cuando el mercado se celebraba en una cabecera comarcal los campesinos comercializaban en él algunas mercancías provenientes de sus escasos excedentes que resultaban imprescindibles para la vida cotidiana. Estos productos se ponían a la venta con el fin de hacer frente a los gastos derivados de la compra de manufacturas y algunos otros artículos.[28] Ello queda constatado en la producción palacio-valdesana:

> Después de mucho regatear, el comprador llegó a ofrecer treinta y nueve. El tío Pacho siguió plantado en los cuarenta. Cerca de una

---

26 A. PALACIO VALDÉS, *La aldea perdida*, Madrid, Espasa-Calpe, 1986 (10ª), pág 11.

27 A. PALACIO VALDÉS, *El idilio de un enfermo*, Madrid, FAX, 1946, pág 171.

28 Sobre ferias y mercados en Asturias véase E. GÓMEZ PELLÓN, «El comercio periódico en Asturias: ferias y mercados», en *Enciclopedia de la Asturias popular. Vol III. El ordenamiento social*, Oviedo, La Voz de Asturias, 1994.

> hora estuvieron discutiendo por cuestión de un real. [...]
> Ambos compadres se dirigieron resueltamente a la taberna de Engracia, que hervía de parroquianos en aquel momento.[...]
> Vino a saludarles Pinón de la Fombermeya, antiguo y asiduo parroquiano del establecimiento. Los tres departieron largamente acerca de la labranza. Es cosa bien averiguada que, aún recreándose en las tabernas, los trabajadores hablan siempre de sus oficios.[29]

Una de las variaciones más significativas de la taberna asturiana es la distinta codificación interna del espacio debido al consumo de sidra, ya que resulta contraproducente sentarse por el escanciado que implica que se vierta parte del líquido y se produzcan salpicaduras; en especial en los establecimientos dedicados exclusivamente a la venta de sidra, como son la sidrería o el lagar. La diferencia más significativa es la menor presencia de mesas y taburetes ya que, para evitar las salpicaduras, la sidra se consume a pie firme. En el caso del lagar, además, el diseño original del espacio no contaba con la apertura al público, abriendo en ocasiones sólo temporalmente. El servicio de sidra hace que estos lugares sean húmedos, obligando a regar de serrín el suelo para absorber el caldo sobrante de libaciones y escanciado. Por otra parte, son espacios que suelen contar con patios y zonas de juego al aire libre, principalmente boleras. Como se ha señalado, el *llagar* podía abrirse al público sólo hasta que se agotase la producción de sidra, siendo la venta de ésta arrendada en ocasiones, especialmente si se trataba de un productor pudiente:

> Sólo dentro del lagar de don Félix, esclarecido por un candil, departían amigablemente cinco o seis paisanos apurando vasos de sidra. Martinán la escanciaba. Hacía años que había contratado con el capitán la venta de sidra, y aunque no tenía la taberna allí, sino en su propia casa, situada en el centro del pueblo, los días festivos solía trasladarse al lagar y hacer en el su comercio, porque la bolera era el campo acostumbrado para los recreos del vecindario.[30]

El chigre tampoco escapó de los intentos de control social por parte de las clases dominantes. La literatura refleja por lo general a la clase

29 A. PALCIO VALDÉS, *Sinfonía pastoral. Novela de costumbres campesinas*, Madrid, FAX, 1956.

30 A. PALACIO VALDÉS, *La aldea..., op cit*, pág 95.

obrera como intemperante y a las tabernas como lugares de depravación y violencia. La taberna rural es presentada con frecuencia de manera más indulgente, seguramente por sus carácter más interclasista y por cumplir más funciones que la urbana, como ser tienda mixta o estanco además de un lugar de consumo de bebidas.

La decidida condena a la taberna y al consumo de alcohol adquiere una especial significación en el último tercio del siglo XIX con el despegue de la industrialización y la consiguiente urbanización regional. La multiplicación del número de proletarios exacerba la nueva problemática social. Las organizaciones obreras comenzarán a promover huelgas y sociedades de resistencia, alcanzando sus primeros éxitos reivindicativos y experimentándose profundas transformaciones sociales entre los inicios del siglo XX y la Segunda República. Una de estas transformaciones será el nuevo uso social del alcohol y la fuerte impronta obrera que adquirirá la taberna, para desesperación de los sectores burgueses[31]. De este fenómeno, así como de la rentabilidad del negocio nos da cuenta Palacio Valdés:

> Poco a poco, aquellos mineros enseñaron a los zagales sus vicios. Aquellos mozos antes tan parcos y sumisos se toparon en pocos meses díscolos, derrochadores y blasfemos.[...] se proveyeron casi todos de bufanda, reloj, y, lo que es peor, de navaja y revólver. Con esta indumentaria se creyeron en el caso de visitar las tabernas como sus maestros como sus maestros, alborotar en ellas y sacar de vez en cuando la navaja a relucir.[...]
>
> Sólo un vecino de la parroquia de Entralgo tocó las dulzuras de la invasión minera [...] El consumo de su taberna había crecido de modo tan prodigioso[...]
> Día y noche la taberna de Entralgo resonaba con cánticos desacordados disputas y blasfemias, y día y noche penetraba en el cajón del mugriento mostrador una cascada de monedas de cobre y plata.[32]

31 L. B. GARCÍA ÁLVAREZ, «La representación de la intemperancia minera en la literatura asturiana de la Restauración», en *V Congreso de Historia Social. Las figuras del desorden: heterodoxos, proscritos y marginados*, Madrid, Asociación de Historia Social, 2005.

32 A. PALACIO VALDÉS, *La aldea..., op cit*, págs. 198-199.

Por otra parte el consumo de alcohol fue rápidamente asociado a la delincuencia y a su incremento en la región. En cuanto el alcoholismo comenzó a ser un problema de la sociedad industrial, la taberna empezó a ser descalificada por sectores que iban desde el movimiento anarquista hasta los grupos más conservadores y el estamento clerical, desarrollándose un discurso tremendamente medicalizado. En 1900 aparece el libro *La criminalidad en Asturias*, de M. Gimeno de Azcárate, en el que se establecía una relación directa entre alcohol, taberna y crimen, proveyendo sus datos «objetivos» un buen pasto para la propaganda antialcohólica[33]. Por su parte, en 1885 la Comisión de Reformas Sociales escribía: «de los pocos vicios que dominan al trabajador asturiano, el principal es el de la bebida. La sidra, la cerveza y el vino y los detestables licores compuestos sobre la base de licores industriales, que tantas víctimas causan, se consumen en enorme proporción»[34]. Sobre la taberna como espacio violento se cuentan con numerosos y reveladores testimonios en la literatura regional, que van desde la agresividad generada por el consumo inmoderado y el despilfarro, hasta la que causa la intrínseca maldad de los obreros y sus desordenados apetitos. Así lo refleja Palacio Valdés:

> ¿Por qué no sangras a ese cerdo?[...] Se escanció dos copas de aguardiente y se las vertió en el estómago una tras otra.[...] —¡Jesús! —exclamó éste poniéndose pálido— ¡Me han herido![35]

En todo caso, aunque las capas populares eran el elemento dominante y distintivo de los establecimientos de bebidas, el chigre no era un coto cerrado[36]. , encontrándose en el una presencia muy diversificada de clases sociales. Así, en los ámbitos urbanos podemos encontrar empleados, oficinistas, pequeños tenderos y comerciantes, multiplicándose el interclasismo en el ámbito rural. En las capitales rurales, los estratos medios suman a la burguesa sociabilidad de café la popular tabernaria; y hay que tener en cuenta que el sector más numeroso de las clases medias en la España de la Restauración tiene una implantación campesina o rural.[37]

---

33 J. URÍA, «La taberna. Un espacio...», *op cit*, pág 602.

34 Citado en J. SIERRA, *El obrero soñado. Ensayo sobre el paternalismo industrial (Asturias1860-1917)*, Madrid, Siglo XXI, 1990, pág 244, n. 99.

35 A. PALACIO VALDÉS, *La aldea..., op cit*, pág 204.

36 J. URÍA, «La taberna en Asturias...», *op cit.*

37 G. GÓMEZ FERRER, *Palacio Valdés y el mundo social de la Restauración*, Oviedo,

> Acudió aquella tarde a Entralgo el farmacéutico Teruel, hombre profundo, inventor de ciertas pastillas contra las lombrices, que eran el asombro y orgullo del concejo. [...] Lo cierto es que desde hacía largos años estaba dedicado a pescar truchas con caña en el río y beber sidra en los lagares.[38]
> Terminó la carrera de abogado a trompicones en Oviedo con más suspensos que aprobados y cuando se licenció vino a Sama, su pueblo natal, donde viviendo a expensas de su padre, honrado comerciante en grano y avellanas, se dedicó con plausible ahínco a jugar al tute o beber sidra en los llagares .Por no haber en la población otro abogado en aquella época y sobre todo porque su padre era un elector influyente, se le había nombrado hacía poco juez municipal.[39]

Por último, los espacios de consumo de bebidas también cumplían su función en el desarrollo de la fiesta popular. La romería tradicional aún seguía siendo en la Restauración una pieza clave en el tiempo libre de la sociedad asturiana y parece que el proceso de industrialización la estaba incluso revitalizando, aunque los cambios se hacían cada vez más patentes al compás de la disolución de los marcos sociales tradicionales. Curiosamente, A. Palacio Valdés nos da noticia de que, en ocasiones, la romería se celebraba en un lagar, aprovechando el que éste tuviese un espacio adecuado para celebrar el baile.

> Por indicación del seminarista, muy versado en estos asuntos, bajaron al lagar de don Pedro, situado en el fondo del valle, a unos trescientos pasos del pueblo. Era un edificio rústico, que por un lado miraba a la pomarada y por otro a un vasto campo de regadío, en el cual, por ser el único sitio llano y despejado que había cerca, celebrábase la romería, con permiso de su propietario. Como había ya alguna gente dentro del lagar, Andrés preguntó a la tabernera si les podían servir la comida en la pomarada. Respondió que sí, y acto

---

IDEA-CSIC, 1983, págs. 184-185.

38 A. PALACIO VALDÉS, *La aldea..., op cit,* pág. 76. Parece ser que los lagares también eran lugar de reunión y esparcimiento de las élites locales del mundo rural, donde las manifestaciones de sociabilidad son más interclasistas al no existir espacios suficientes para segregar a las distintas clases sociales.

39 A. PALACIO VALDÉS, *Santa Rogelia*, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1926, pág. 79.

> continuo se sentaron de rondón en ella.[40]

En cualquier caso, la taberna podía ser un lugar propicio para concluir la jornada festiva:

> Después de haber pasado unos días en Villaviciosa, habíamos ido a la fiesta del Nazareno en Noreña. [...] En Noreña corre la sidra y el dinero como en ningún otro pueblo de la provincia.[...] Era una hermosa noche estrellada y no hacía ni frío ni calor. Al pasar por el Berrón, la taberna de Jerónimo estaba todavía abierta y llena de gente.[...] Nos acercamos al tonel con no poco trabajo y nos hicimos sacar unos vasos.[41]

40 A. PALACIO VALDÉS, *El idilio..., op cit,* págs. 210-213.

41 A. PALACIO VALDÉS, *La novela de un novelista*, Madrid, FAX, 1946, pág. 48.